AYER Y HOY

N.º 59

Marzo-Abril 1957

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

AYER Y HOY

REVISTA ARTÍSTICO-LITERARIA

Edita:

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS "ESTILO"

Director:

CLEMENTE PALENCIA FLORES

Redactor-Jefe:

FERNANDO ESPEJO

Escriben:

Pedro RIERA VIDAL: "La mujer toledana"
Luis RODRÍGUEZ: "Puntos de vista"
Rafael BRUN: "Estampa toledana"
Fernando GILES: "Esa pintura"
Basilio PAVÓN: "Toledo: bosquejo de eternidad"
José GIL GONZÁLEZ: "La oración del campesino"
TABARÉS: "El Doctor Cifuentes"

Poesías originales de

Clemente PALENCIA - Sandalio DE CASTRO - Luis CORNIDE
M.ª Jesús MONTEMAYOR - M. CORTÉS - Fernando GILES
Luis SERRANO VIVAR

Portada de Manuel Romero

Imprime:
RAFAEL GÓMEZ MENOR

TOLEDO

Dirección:
ALFONSO XII, núm. 9

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

AYER Y HOY

AÑO X • TOLEDO, MARZO 1957 • NUM. 59

Toledo y la Mujer Toledana

No hay Geografía sin Historia. No hay hecho sin escenario. Es cosa bien sabida y comprobada que las circunstancias geográficas y el ambiente, junto con la herencia, influyen grandemente en la vida de los seres... Geografía Humana, en fin.

En esta Fiesta de la Poesía que, por serlo, lo es de Homenaje a la Mujer, vamos a librarnos al intento de señalar cómo la Geografía y la Historia de Toledo, a través de épocas, razas y pueblos que pasaron por nuestra ciudad, dejaron su impronta, su huella y su marca en la figura, en los sentimientos, en el carácter, en la psicología, en fin, de la mujer toledana.

Partiendo de la Toledo romana, pasando por la visigótica y la arábiga hasta la llegada triunfal del Renacimiento, podremos constatar esa influencia si nos dedicamos a una profunda observación.

En el orden físico veremos cómo los distintos estilos arquitectónicos que en Toledo se han ido sucediendo a través de los tiempos y las invasiones, influyeron en la figura de la mujer, pudiendo establecer la siguiente conclusión:

En el rostro de la mujer toledana, de la mujer racialmente toledana, se unen, en maravillosa conjunción, los arcos árabe y ojival. El árabe, circundando la amplia frente, buscando su apoyo en los graciosos lobullillos de las finas orejas. El arco ojival buscando, invertido, su suavísima clave en la linda barbilla. La raza hebrea estampó en esa cara el color blanco mate, un poco amoratado por los soles ardientes de la Palestina bíblica.

Y la raza agarena, la de los desiertos y soles africanos, abrió abismos de luz y de misterio, de profundidad y melancolía, en esos ojos que, de tan grandes y abiertos como son, copian todo el cielo de una vez... Y las rosas de Alejandría dejaron en sus labios finos su regalo de fuego y de sangre, de perfume y de color.

Y el Renacimiento que traía de Italia suaves inquietudes y santas rebeldías, ¿qué es lo que brindaba a la mujer? Pues le brindaba ese aire grácil y juncal, de levedad de pluma y vuelo de ángel, que le permite escribir lindos versos cuando andan por las calles incómodas, rugosas como pergaminos viejos de nuestra ciudad.

No es lanzar la fantasía a vuelos amplios decir que Berruguete buscara la inspiración para sus portentosas esculturas del Coro catedralicio paseando una y otra vez por las calles y paseos toledanos a la hora meridiana, cuando la mujer, recatada y animosa, sale de la misa de una de la Catedral.

No sería extraño que Villalpando recorriese pensativo la geografía urbana de Toledo, buscando en la mujer el modelo perfecto de las cariátides de su famosa reja del Altar Mayor.

Y tampoco lo sería que Salvatierra buscase su inspiración en la misma fuente para su Santa Isabel de Hungría, que dice heroismo y dulzura en el Trascoro, frente a la Puerta neoclásica que se abre, de vez en cuando, para que el sol de mediodía quiebre la penumbra de nuestro templo Primado.

Seguramente el Cardenal Portocarrero, al acopiar maravillas italianas, para el Transparente, que luego encargaría Astorga y Céspedes a Narciso Tomé, pensaría en la mujer toledana al escoger aquella Virgen, Madre de Dios, que entre columnas rotas, nubes densas, bronces dorados y angelotes rubios, nos mira, dulce y serena, desde su trono celestial.

Sí, señoras y señores; esa mujer toledana necesariamente tiene que ser la que brindara su espíritu y su belleza y encendiera luces de inspiración a los grandes artistas que dejaran o dejan, para la Historia y el Arte, sus creaciones inmortales.

Y esa mujer es la misma de antaño y de hoy. Es la que 25 años há, orlaba con friso de rosas y azucenas los balcones de Zocodover cuando, a la caída de la tarde, los cadetes enhiestos y marciales, al compás de la «*Marcha de los Voluntarios*», vencido el repecho del Miradero, subían la Cuesta del Alcázar hacia la fortaleza imperial.

Es la misma que copió de la matrona romana su apostura y dignidad. Que aprendió de la mujer visigoda su amor a la independencia, el misticismo y la fe. Que recogió los vuelos hacia el infinito de la imaginación agarena. Que cuajó lumbre de pasión con las 3.000 horas soleadas que todos los años regala a Castilla su cielo intensamente azul. Que moduló en sus labios la voz dulce y cantarina de los campaniles conventuales que en la noche alta llaman a Maitines a las siervas del Señor. Esa mujer que inspirara a Bécquer, a través de unos visillos transparentes, el bellísimo poema de «Las tres fechas», cuyo desenlace muriera tras las celosías de Santo Domingo el Real Esa mujer que es luz y aroma, canción. y poesía, y amor de buena ley. Que no se adapta a los ritmos sin concierto, ni a la poesía cerebral, ni al arte futurista, ni a la música exótica...

Cuando la Primavera abre las ventanas y balcones de la ciudad, no es raro adivinar cómo dos azucenas acarician el nácar moreno del viejo piano, dejando en nuestro oído evocaciones nostálgicas al saborear «El relicario», «Tristeza de amor» o los *tangos de Carlos Gardel*... Y esa es la clásica, la auténtica mujer de Toledo.

* * *

No obstante, las cualidades que la aureolan de virtud y de belleza, la juventud masculina de esta hora, casi toda la juventud de esta hora, suele prestar más atención al deporte físico que al espiritual deporte del amor. Lee con más avidez las páginas encendidas y apasionadas de «MARCA», o las tropicales del «COYOTE», que los versos clásicos y románticos de Bécquer, Espronceda, Rubén Darío, Amado Nervo o Campoamor. Convierte su pasión en idolatría cuando se trata de Di Stéfano o Bahamontes, de Galiana o de Poblet.

Parece preferir el olor a gasolina de la moto estrepitosa que el perfume

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

«Maderas de Oriente» o «Embrujo de Sevilla» que acompaña a la mujer.

Embebida gran parte de esa juventud en los modernismos al uso, se entrega con más vehemencia a la música exótica que a la melódica y clásica de Beethoven, Mozart, Schubert o Chopín. Acaso prefiera los versos sin medida a las excelsas estrofas de Lope de Vega o de San Juan de la Cruz. Y la pintura jeroglífica de la nueva «Era» a las inmortales creaciones de Goya; los nuevos bailes de locura a los ritmos sentimentales del «Danubio Azul»...

Y entretanto, la mujer suele encontrarse al margen del camino de esa juventud, que ni la siente, ni la advierte, ni le dedica versos, ni le canta serenatas. Pasa por el jardín espléndido sin reparar en la flor.

Así, en muchos casos, la mujer se va marchitando entre esperanzas fugaces; va deshojando la simbólica margarita de sus ilusiones; va cortando las alas de sus felices sueños... Y pasa, nostálgica, menguada su fe, ante la Virgen de los Alfileritos; va dudando de la mediación casamentera de San Antonio; y, muchas veces, la veremos arrodillada, llorando abandonos, ante el Cristo del Olvido en la penumbra de la Catedral... Que no en vano suele decirse que el amor, para el hombre, es un episodio, y para la mujer, la vida entera.

* * *

Si nos fijamos, veremos que todas las cosas grandes de la tierra tienen nombre de mujer: la Paz, la Libertad, la Justicia, la Religión, la Gloria, la Maternidad, la Inspiración, la Caridad, la Patria... Por eso las obras maestras de la *Literatura,* de la *Poesía,* de la *Pintura,* de la *Escultura,* de la *Música,* fueron inspiradas por la mujer. Sin la inefable Beatriz, no hubiera escrito «El Dante» La Divina Comedia. Sin Margarita, Goethe, no hubiera dado a luz su «Fausto»; Ni Miguel Angel, «sin Marietta», sus portentos escultóricos de la Capilla Sixtina. Ni Cervantes, «El Quijote», sin el ensueño de Dulcinea. Ni gozaríamos el encanto musical de «*Claro de Luna*», si Beethoven no hubiese traducido en notas emocionadas el dolor de la mujer amada. Ni, en fin, sin el amor imposible del genio de los valses a la princesa Estefanía, no hubieran sonado nunca las notas románticas del «*Danubio Azul*»...

Sí; no hay duda: la Mujer es la Musa inspiradora que, invisiblemente, se entroniza en el pensamiento y en el corazón del artista para llevarlo de la mano, callada y dulcemente, hacia la Inmortalidad por la Belleza y el Amor.

Y, aunque creamos a veces otra cosa, también hacia la Virtud, porque los defectos del hombre se convierten en virtudes cuando pasan por el corazón de la mujer; del mismo modo que el agua del mar asciende salada hacia el cielo y se torna dulce al caer en gotas de cristal.

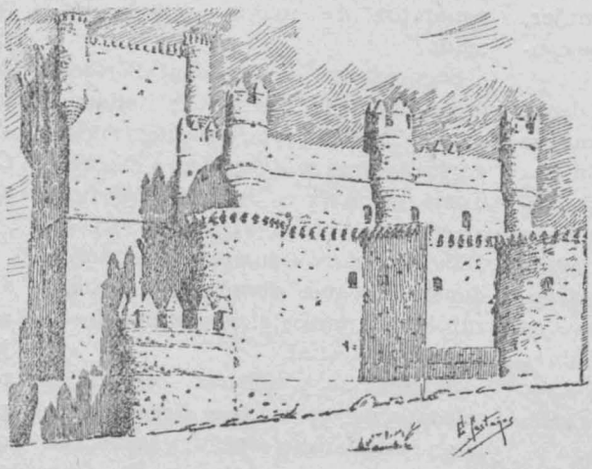
Se ha dicho que Dios creó el sol para iluminar los días, y a la mujer, para embellecerlos... *¡Luz* y *Belleza!* Por algo también se ha dicho que la mujer es el «cielo de la tierra»... Pensemos, pues, que a Toledo le toca una parte de ese cielo, y seamos dignos de vivirlo rindiendo un constante, limpio, delicado, sereno y profundo *Homenaje* a la mujer toledana.

«Estilo», que rinde culto al Arte en todas sus manifestaciones, quisiera cortar de los jardines más pomposos las flores más bellas en ofrenda perfumada a la mujer de Toledo, en esta Fiesta de la Poesía que es la Fiesta de la Mujer, porque bien lo dijo el poeta de los tristes amores... ¿Poesía? Poesía... ¡eres tú..!

Pedro RIERA VIDAL

Evocación del Castillo de Guadamur en "El día de los Castillos"

El 25 de Abril celebra esta prestigiosa Asociación su fiesta. Distintos actos culturales, excursiones, conferencias, exposiciones, vuelos, etc., demuestran todo el entusiasmo de los Amigos de los Castillos para defender estos gloriosos restos del pasado. Gracias a ellos interesa hoy a toda España este tema. En Guadamur se eleva majestuoso uno de los mejor conservados, entre los numerosos castillos de nuestra provincia. La traza y disposición del recinto principal acusa notoriamente los promedios del siglo XV, época en que se levantó también la Torre de Don Juan II, del grandioso Alcázar segoviano. Esta gigante mole de piedra, sólida y elegante a la vez, es el ejemplar más característico en nuestra región toledana del castillo-palacio señorial del siglo XV, que sustituyó al castillo roquero medieval.



El ilustre escritor, Gervasio Velo Nieto, ha publicado recientemente un estudio muy completo de esta joya arquitectónica.

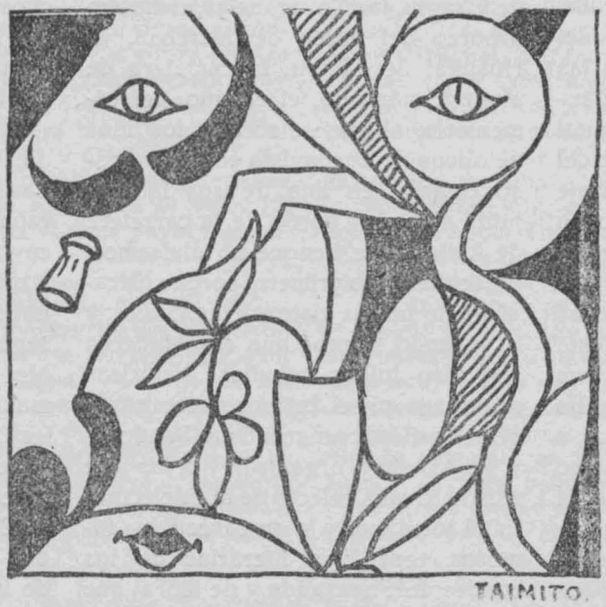
La Sección Provincial de Amigos de los Castillos de Toledo celebró su conmemoración de Abril realizando una excursión al Castillo de Montalbán, admirando las enormes proporciones de su castramentación, y la imponente belleza de su silueta en la parte Oeste sobre el Torcón, con sus extensas murallas, defensa de los Montes de Toledo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

PUNTOS DE VISTA

Me decía no há mucho mi buen amigo y mejor poeta D. Clemente Palencia, que el próximo número de nuestra revista estaría dedicado a la mujer. Yo también quería aportar mi granito de arena a este homenaje de simpatía a las hijas de Eva, pero... no surgía el tema. Hasta que el otro día, ojeando periódicos atrasados, encontré algo que me hizo sonreir a la vez que exclamar: ¡Aquí está mi colaboración!

Se trataba de un artículo titulado «Mujeres Toledanas», en el que su autor, hombre culto e ilustrado —como lo demuestra el que sea asiduo lector de Marañón y se conozca al dedillo hechos y pensamientos del Secretario del más grande monarca español—, nos hablaba de la hermosura de la mujer nacida en Toledo.



Aseguraba el articulista que después de haber releído «Antonio Pérez», estaba de acuerdo con tan famoso Secretario en la creencia de que las toledanas deben, en parte, su singular hermosura al aire delicadísimo de la Ciudad Imperial. Es decir, que el aire influye notablemente en la faz agraciada de nuestras mujeres.

¿Que la toledana es guapa? Qué duda cabe; para llegar a esta conclusión no hace falta haber releído «Antonio Pérez», basta con echar un vistazo por calles y paseos para cerciorarse de ello.

La mujer toledana, ya sea israelita, ya originaria de raza árabe, ya morena o rubia, posee encantos que, la verdad, en ningún momento se nos ha ocurrido achacar al benigno vientecillo de la Ciudad. El afirmarlo sería algo así como llamar feas a las mujeres de otras ciudades españolas donde soplen malos vientos.

La toledana es guaga, sí; mas no por el hecho de haber nacido en Toledo, sino por el privilegio de ser mujer, y en España, abundan las mujeres así calificadas en cualquiera de las cincuenta provincias que forman la geografía de nuestra Patria.

Imaginar lo contrario es cuestión de simpatía o no ver más allá de las narices y ser chato. Quien conozca nuestra península, habrá encontrado mujeres hermosas en Sevilla y en Madrid, en Toledo y en Cuenca, etcétera, etc.

Pero quien destaca a la mujer española, ya sea toledana o abulense, únicamente por su hermosura, además de incurrir en tópico, cierra los ojos a toda justicia y niega su propio valer a la mujer de España que tiene arraigadas cualidades tan estimables como es la virtud.

Y esto sí que debe ser en ellas un prurito de satisfacción, un urgullo para su dignidad, porque virtuosa se es llevando una vida ejemplar, observando una conducta intachable, y la española reúne estas cualidades.

No es que quitemos importancia a la belleza de nuestras compatriotas, pero es que a nuestro entender, no tiene mérito alguno. Que se nace guapa de manera tan inconsciente como pudo haberse nacido fea, por un capricho de la Naturaleza, y no por fea va a dejar la española de ser interesante, ni digna de nuestro mayor respeto y admiración.

La española, puede competir con las mujeres de otros países en simpatía, bondad, inteligencia y, entre todas ellas, sobresaldrá por su virtud. Por eso no comprendemos ese empeño, de propios y extraños, en hacerla destacar exclusivamente por su belleza.

Ser mujer no supone ser guapa o fea, morena o rubia, es ser esposa primero y madre después, pero una esposa ejemplar, una madre virtuosa, que cría hijos de sanas costumbres y conocedores de Dios.

Y esto merece la pena destacarse y es motivo más que justificado para que maridos e hijos de españolas nos sintamos orgullosos de serlo.

Por eso, si queremos destacar algo extraordinario en la mujer de España, destaquemos por encima de todo a su virtud, que es la más bonita de las Bellezas.

LUIS RODRIGUEZ

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

ESTAMPA TOLEDANA

Si tuviéramos la sensibilidad, preparación y dotes descriptivas del maestro Azorín, desde este magnífico paseo del Miradero toledano, en esta esplendente mañana de Mayo, haríamos una estampa de antología.

Desde la barandilla que en el citado paseo da al naciente, observamos, en pleno sol del mediodía, el puente de Alcántara donde, en el arco de su bóveda central, anidan cientos de golondrinas que con el plumaje blanquinegro, en su constante volar, dan tonalidades grises en sus reflejos a contraluz. Al fondo, el castillo de San Servando, reconstruído con sus edificios anejos para albergar alumnos del Frente de Juventudes; a la derecha, las edificaciones de la Academia de Infantería; a la izquierda, las del Hospital Provincial y la torre de la estación del ferrocarril; al frente, el amplio paisaje de aguas arriba del Tajo que discurren mansamente por entre feraces vegas, próximas las de la Alberquilla y más cerca las Huertas del Rey, propiedad que fueron de la Emperatriz Eugenia y hoy de la casa ducal de Alba, y en donde tiene su asentamiento el castillo de Galiana, de la sin par Galiana, a quien los romances cantaron «como la mora más celebrada de toda la morería».

En la lejanía, las alturas de Añover con las concavidades oscuras de sus barrancadas y sus turgentes laderas, por cuyo pie discurre el Tajo y en donde, no há mucho, tuvo su gestación la tragedia que costó la vida a dos jóvenes aristócratas, de los que uno, el hijo de los Condes de Mayalde, tuvo su triste epílogo aquí cerca, junto a la presa de Safont. A la izquierda, un espeso arbolado señala el castillo de Higares, y más cerca, a nuestra perfecta visibilidad, las vegas de Azucaica, la carretera de Mocejón, Valdecabas, la casa de Campo, Pinedo. A la diestra, vegas, tierras de labor y monte, entre otros, de las dehesas de Calabazas y Ramabujas altas y bajas. A nuestros pies, la Puerta Nueva, la de Visagra, las Covachuelas, el macizo arbóreo del paseo de Merchán, el Hospital de Afuera, la carretera de Madrid; más alto, el camino del cementerio, al que se acercan los liños de olivos de Buenavista con su famoso cigarral en una de sus laderas junto al río, al borde de la carretera de Avila y que, aunque no divisamos, presentimos; lo primero, porque físicamente lo hemos visto muchas veces, y lo segundo, porque aún resplandecen con vivo fulgor aquellas históricas reuniones que el fastuoso mecenas y gran Cardenal renacentista, Sandoval y Rojas, supo organizar y a las que asistía lo más selecto de la intelectualidad toledana, y a su cabeza, las famosas tertulias literarias de los condes de Fuensalida y de Mora, que deponían sus diferencias para sólo hablar de la caridad, del bien, del arte, de las letras, de la belleza y del amor, que el prodigioso estro de nuestro excelso Medinilla cantó al ensalzar aquella espléndida y opulenta mansión en versos que terminan así:

todo convida a amar y todo ama,
y todo por vivir amando vive.

Más a lo lejos, la estación central sismológica a orillas también de la carretera de Avila, que serpentea entre tierras labrantías de la Venta del Hoyo y de las Matanzas; al fondo, y entre velados celajes grises, los altos picachos de la serranía de Gredos, algunos todavía coronados con nieves invernales, sobre todo en sus más fuertes escarpaduras.

En la vega, los llanos de la Peraleda, Valdelobos, San Bernardo y los Lavaderos. A la izquierda, los oscuros espartales de Estiviel, espartales por cuyo arranque se pagaron 200 pesetas a principios de siglo y por los que se han pagado en el pasado año 200.000, según me han informado, cifra increíble; aunque estas sorpresas van tomando en nosotros carta de naturaleza, pues también se nos dijo que hace dos años en la finca de las Sislas, antes de la epidemia, se habían cobrado 25.000 pares de conejos que vendidos a 20 pesetas par, habían producido la no despreciable cifra de medio millón de pesetas.

RAFAEL BRUN

ESA PINTURA...

En 1873, los impresionistas Monet, Caillebote, Manet y Renoir en Argenteuil, vuelven la espalda a los mil años de pintura trascendentalista. Comienza una nueva época que haría revolucionar el mundo de las artes.

Luego, cuando aparecen Van Gogh, Gauguin, Seurat y tantos otros neoimpresionistas, la pintura corre desbocadamente, poseída de una locura frenética.

Pero estos impresionistas y neoimpresionistas, con su obra gigantesca, crean los cimientos del arte de esta otra época, época que suscita los más variados comentarios, adjetivada de loca y confundida.

En 1881, Monet, abandonado de todos sus compañeros, expone solo en la «Vie moderne», y también en 1881, por ironía del destino, nace en Málaga el hijo de un modesto profesor de dibujo: Pablo Ruiz Picasso.

Cezanne, embutido en su introversión, pinta apoyado en construcciones geométricas, evocando conos, esferas, cilindros y prismas. Juan Gris, Braque y Picasso, sobre construcciones geométricas, lanzan al mundo el primer chispazo de nuestro siglo artístico: el Cubismo.

Y el cubismo, como pistoletazo que da la señal de salida en una competición atlética, lanza en audaz carrera toda una legión de nuevos estilos, los «ismos».

Y así aparece Matisse, Derain y el «Fauvismo», De Chirico y los metafísicos, «Futurismo», «Surrealismo» y ahora arte «abstracto» y «no figurativo».

La pintura sale de las fronteras trazadas por Velázquez, Rafael e incluso Van Gogh y Cezanne.

Salta al «más allá» y rebusca por los más escondidos rincones del Misterio; la pintura actual se nos escapa de las manos, del tiempo. Ahora un hombre cualquiera, al salir de una de esas exposiciones, se limpia el sudor y bufa.

Pero no, la pintura de hoy se orienta hacia el futuro, hacia la magia primitiva, se aparta de la sociedad. Y este arte moderno calificado de loco, delirante y enfermizo, no es así. El arte moderno es un digno representante de nuestra época, una reacción frente al arte románico, impresionista y neoimpresionista.

Ya lo dijo Diaghileu: «Toda la gente joven reacciona contra el impresionismo y marcha hacia una construcción pura; y bien, es imposible que en todo el mundo toda una generación se equivoque».

FERNANDO GILES

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

Toledo: Bosquejo de eternidad

POR BASILIO PAVÓN

Es una ciudad cansada. Como todas, se levanta con el alba, se duerme con la luna; pasan las horas, y así hasta que suenan las campanas. Apenas habla; siempre sueña, calla... Hay que callar para sorprenderla callada. Sus torres, corpiños de Oriente; sus agujas, espadas silentes, rozan al viento, sin gritos, sin hacer daño al Cielo infinito. ¡Juventud vieja! ¡Piedra y cera! ¡Perla de Oriente, mística ilustre! En sus noches me pierdo para regresar con el alba por la puerta del silencio, descalzo y con el alma fresca.

La llevo en mis silencios. Las palabras dicen de la ciudad. ¡Qué sabrán ellas! Pero, ¡ay!, aquellos versos llevan carne tierna de mis sentimientos... Pero la ciudad que yo guardo es un secreto, un sueño. Las horas allí dan respeto. El tiempo, serio, está en verso de castellano viejo.

Calla mi ciudad. El río, roto, inquieto, hace espuma el silencio de la ciudad. Estrellas en el cielo. Las campanas, locas, están contentas. ¿Qué ocurre? La ciudad se ha vuelto loca, y hasta mi alma llegan los pinceles del Greco, dejándome un latido, un paso de eternidad. De la altura me cae el cielo: oro y cristal, aire de Corpus Christi; denso, muy denso. Es de incienso y tomillo: aliento de ángeles sanos, aire de místicos enfermos. ¿Y se llama esa ciudad?... Toledo. ¿En qué sueño? En el mío, en el del Greco. ¿Y ese ruido con espuma de aleteos blancos? Son las campanas del convento; una monja novicia hoy toma el velo. ¿Y aquella reina que ves hilando entre el viejo sayal franciscano y el sabio que pide anuencia para embarcar? Es un sueño, una reina. ¡Hay tantas, tan hermosas!

Abajo, estrofas de iglesias y conventos, el hondo de las campanas con cuerdas gordas y acordes lentos; santos de mármol, vírgenes de talla con los labios semiabiertos, con aliento seco, callan, queriendo plagiar el verbo de los santos en el cielo... Arriba, el cielo inmaculado; entre las estrellas, millones de pensamientos: cielo abierto, libro inmenso, sueño complejo. Allí una vela, perdida, lejana, se acerca trayendo pinceles de seda, luz, color, sombra. Es hasta pinturero el Greco. No habla; pinta, calla. Es su cerebro un universo nuevo; su intelecto un océano. Habitan en él los sueños.

¡Cuánto sabe mi ciudad para ir tan vieja y raída!

Podría contar cosas bellas sin salir de ella: bellos sueños que en realidad son luz y mensajes de eternidad.

El Greco y San Francisco se citaron a orillas del Tajo para ofrecerse eterna amistad. Es el espíritu grande, inquieto, que tantas veces va de un siglo a otro, quien dejó en Toledo el testimonio de una verdad más. El Greco, en mi ciudad, tradujo al castellano el franciscanismo con profundos silencios: música de mi ciudad. «El lenguaje del silencio»: «sfumato» místico de cuadros celestiales. Un lenguaje sin compás ni cultismos. Era aquel entonces un paisaje de incienso y cera, de cielo y tierra, y justamente, sin holgura, entre costas, de aquí a allá, puso el Candiota el por qué de dos mundos: San Francisco, un alma que asciende y un cuerpo esquemático que se queda, pero sin llantos, con naturalidad. Esto es gigantomaquia cristiana: posar para la eternidad.

Así fué retratado San Francisco: un desnudarse para ver el fondo, el alma, la poesía; esa personalidad que nos da aliento en esta vida. En mi ciudad se viven páginas intensas. Se ven cuerpos descanonizados, almas puras; se aprecia lo feo y se estima lo bello.

También entro en la Catedral y veo a los santos en «post» de rezar; robo a las sombras sus austeros colores; de los ventanales la luz brota, cae y muere en la fría losa de un Cardenal. Allí fué donde supe lo que eran los santos: «Almas como catedrales avanzando hacia la eternidad». La luz y la piedra se transparentan, y, en ese instante, todo se reblandece: Lava de cera, nubes de paz me embriagan, y me pongo a rezar la oración que jamás he podido olvidar: —«No me mueve, mi Dios, para quererte...».

Todo es tan apretado en mi ciudad, que se empieza a decir para nunca empezar. He pensado, dicho, criticado y poetizado para terminar rezando, para decir a Dios lo poco que nos exige y lo mucho que le estamos burlando.

Camina Toledo en la procesión del silencio, siguiendo el camino de las torres, de las campanas, de las estrellas... Sus pasos y rezos llevan nervio de siglos. Todo suena, nada se oye. Hay que callar en mi ciudad para sorprenderla callada. Es esto ir haciendo poesía sin cansarse el cuerpo, al que dejamos, como un chisme viejo, a un lado cuando entramos en Toledo por la Puerta de Visagra y leemos: «Toledo, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades».

Ya es hora de marcharme; me voy por la barandilla del Valle, saboreando la fruta encarnada del atardecer castellano. Camino hacia las cumbres, hacia la ermita, hacia la altura, con el alma en puntilla y los ojos en vertical.

Mi ciudad es como todas; madruga con el alba, se acuesta con la luna; pasan las horas, y así hasta que tocan las campanas. Mi ciudad es lo que me callo, un alma de cristal, un pensamiento con alas para volar.

LA ORACIÓN DEL CAMPESINO

Estribado en la caña de mi ser quiero, Señor, cantar el oro de tus trigos y el mosto de tus lagares. Quiero cantar, Señor, tus grandezas sobre mí. En este breve curso de la vida vengo a pedir, Señor, tu pan, el pan que necesitamos desde la amanecida hasta el ocaso. No te pido el del día de mañana, que tal vez no llegue a la existencia, sino el del día de hoy, que me arrastra en su corriente desbordada.

Estoy colgado de tu puerta, Señor, como pobre y mendigo, y necesito de Ti que me has sacado a la existencia. Soy como el pájaro solitario que necesita compañía para vivir. Ansío el agua de tu gracia para correr el camino de la vida, y sin ella estoy a punto de desfallecer. ¡Dame el agua de tu gracia, Señor! Tú de nadie necesitas y todos te necesitamos a Ti. Nuestro campo sin Ti es como tierra sin agua y suelo de barbecho. Abre las cataratas de tus aguas y riega el campo de nuestra alma. En las ondas de tu gracia navegaremos, Señor.

¡Dame tu pan! Tú nos mandas que busquemos este pan con premura y sagacidad. Somos apáticos y explotamos tu paciencia, Señor. Abre los silos de tus grandezas, rebosantes y colmadas como están.

Haz, oh Señor, que al igual que los juncos crecen a la vera de mi río, crezca yo también a la vera de tu corazón. Haz, oh Señor, que como los rosales del camino de mi huerto producen rosas, produzca yo también rosas junto a Ti. Haz que lo mismo que yo ando por el camino de mi huerto para podar los zarzales, ande yo por tu camino para podar los zarzales de mi corazón. Haz, finalmente, Señor, que al igual que los árboles de mi huerto producen nidos, haga yo también mi nido en tu Corazón.

JOSÉ GIL GONZÁLEZ

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957

ISABEL DE FRAIRE

Eras la fruta del cercado ajeno;
tu pelo como el trigo que en la tarde
aventa el mes de junio;
tu voz era la queja de un jilguero.
Y entre la fresca hierba eres la Elisa
que cantara el poeta de Toledo.

¡Ay, Isabel de Freire!
qué cerca la caricia y el suspiro,
y el amor en silencio,
como corren las aguas de este río
donde trenzó sus gracias tus cabellos.
Mujer de ojos azules,
salpicados de luz y de misterio,
de rubias trenzas que peinaba el aire
sobre el rico jubón de terciopelo.

A veces la caricia de la tarde
florecía en canciones y sonetos
o en un laude de tristes melodías,
sinfonía de rosas y de almendros.

Junto a la Emperatriz tú recordabas
saudades de remotos cancioneros
o la blanca cordera degollada
bajo el azul inmenso de los cielos.

¿Cómo no comprendiste el verso oculto,
y el amor en silencio
que para tí guardaba Garcilaso,
como mensaje del Renacimiento?

Musa de Garcilaso que tenías
sonrisas de desdén dentro del pecho,
infiel tu gracia para sus amores
y seco el corazón para sus versos.

CLEMENTE PALENCIA

DESDE LEJOS

(Soneto para ella)

Pensando solamente en tu amargura
mis ansias se han hundido entre lo umbroso
y un buril de dulzura rumoroso
esculpe en mi cerebro tu hermosura.

Queriendo calcinar mi sed obscura
que agrieta mi razón sin dar reposo
araño mi nostalgia, que en un foso
volando se ha posado en tu figura.

Mi mente se hace mar. Es ambarina
la danza delirante de mi anhelo
en medio de un azul que te ilumina.

No es amor solo amor, es también celos
que abrasan a mi alma, mortecina
¡Y en cada vulgar hombre hay un Otelo!

SANDALIO DE CASTRO

Soneto a mi lejana Primavera

Por qué me estás mostrando, Primavera,
la risa de mi ayer que tú prendiste?
Comprende, que si entonces floreciste,
Otoño ya camina por mi vera.

Por qué me vas mostrando la primera
canción que por mi arteria tú encendiste?
Acalla ese pasado, que estoy triste,
Abril ya se alejó en mi sementera.

Qué pena da el sentir su lejanía
y el pecho al evocarla como impele
recuerdos que me muerden noche y día.

Qué dulce este dormirse a sus reflejos
dejándome esta vida que me duele
de verla en torno mío y estar lejos.

LUIS CORNIDE

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

EVOCACIÓN

Ya llega la noche
callada, tranquila, serena
las estrellas rutilantes
hacen guiños a la tierra;
ya llega la noche que trae
recuerdos y penas [za,
que llenan mi alma de una gran triste-
recordando otras noches que eran
iguales que éstas
calladas y dulces,
tranquilas, serenas,
retorno a mis sueños de antaño;
yo te vi junto a la ribera del río
sembrada de juncos, de zarzas y pie-
tú ibas por agua despacio [dras,
sorteando las piedras y peñas;
otras veces como un cervatillo
corrías, saltabas ¡qué bonita eras!
con tu vestidillo blanco
que cubría tus piernas
eras para mí un hada
salida de la ribera,
¡una visión virginal!
era acaso verdadera,
¡no era un sueño de mi mente!
no era un sueño ¡no! no era;
qué blanca era tu tez,
pétalos de camelia;
qué juncal era tu talle
igual al de la palmera,
tus cabellos como el oro,
tus ojos como el cielo eran; [más...
los ojos que yo adoraba ¡qué dulces,
qué tristeza se leía,
qué profundos a veces tus ojos eran
y tus manos de alabastro
que acariciaba sin tregua,
tu sonrisa como fuente
cristalina, placentera;
todos son sueños pasados,
son recuerdos, son tristeza,
así yo te conocí;
con tu vestido de seda [bera;
me pareciste un hada salida de la ri-
como un ladrón te acechaba
en el río, entre los juncos
tú fruta prohibida me eras
así una noche, otra noche
y sin darme apenas cuenta
el amor que te tenía
se fué volviendo volcán
que apagado está por fuera,
pero que dentro, muy dentro
hasta las entrañas quema.
Un día tú me paraste,
te acompañé a la ribera
y te declaré mi amor
como ninguno lo hiciera;
me miraste y sonreiste
con tu sonrisa tan tierna
que por ti yo hubiese dado
mi alma y mi vida entera,
así los dos nos quisimos
con miradas... con palabras...
hoy estoy triste y sediento
¡¡un sepulcro nos separa!!
sediento de ti ¡mi amor!
¡qué tristes las noches pasan!
deambulo por la ribera del río
en las noches del invierno
y cuando llega el estío
y te recuerdo mi amada
con tu vestidillo blanco
me pareciste un hada,
qué poco duró el amor
¡¡un sepulcro nos separa!!
la noche es tranquila,
serena, callada,
la noche me trae
tristezas y lágrimas,
me recuerda el bosque de pinos
donde tú paseabas,
la ribera del río
donde ibas por agua,
las flores, los pájaros
no me dicen nada,
en cambio contigo...
¡¡qué noche tan clara!!
las estrellas brillan medrosas
y se ocultan cuando llega el alba;
la noche es tranquila,
la noche es callada,
la noche me trae penas y tristezas,
la noche me hace
recordarte ¡¡AMADA!!

M. JESÚS MONTEMAYOR

NOSTALGIA

Los ojos se han cerrado
suavemente.
La imaginación vaga,
busca caminos de meta fija.
El corazón escapa del pecho.
Y salta de monte en monte,
de recuerdo en recuerdo.
Huye hacia otras tierras,
lejos del cuerpo,
cerca del alma.
Nostalgia...
Risas, tristezas,
cantos, lágrimas.
Miran dos ojos,
mi corazón, burlones.
Uno de mar azul,
otro de verde prado.
El sol ha sido roto por la noche.
Primero furia,
desesperación,
indiferencia,
luego... nada.
Pero el corazón vuelve,
trae recuerdos...
alegrías,
pasiones,
tristezas...
Nostalgia.

MUJER

Eres recipiente.
Vida.
Llanto.
Agua.
Sueño.
Mujer: Eres hembra.
Calor para los inviernos.
Música.
Luz.
Color.
Aire.
Forma.
Mujer: Eres cántaro.

M. CORTÉS

COSAS...

Poesía.
Siempre sola con nosotros,
siempre contigo todos.
Después
Despréndete de ti,
canta y llora.
Después, cuando el amor te llegue,
ama.
Rosa
te besas con el viento.
te bañas de estrellas.
Y luego, rosa,
te cortan.
Tu muerte es fiesta.
¿Por qué?
Viento, ¿Por qué partes la flor?
¿Por qué te llevas sus pétalos?
¿Para qué la quieres?
La vas a dejar al cansarte.
Viento, déjamela.
Yo la amo.

FERNANDO GILES

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

TRES CANTOS A LA PRIMAVERA DE 1957

I

Estoy aquí sentado y a tu espera,
soy el sol, brillando desde dentro,
dispuesto a dar mis luces...
para hacer más hermosa tu presencia,
y que el mundo admire con asombro
lo que eres para mí, tú, la primavera,
que juntos y unidos para siempre,
como el trigo y el pan, la voz y la palabra,
caminemos los dos eternamente.

II

Ya eres mayor, mi primavera,
puedes venir cogida de mi brazo,
y ante un altar, los dos en su regazo,
recibir bendiciones de la tierra,
esa tierra que los dos dulcificamos:
Tú, con tu fragancia y lozanía,
Yo, con mi luz de fuego,
en ella harán besanas, vida mía,
que fructifique el pan, la uva y el naranjo.

III

Llega el verano y noto que te mueres,
mi fuerza tremenda desespera,
me privas con ello de placeres,
tu perfume, tus flores, tu verde y alegría.
¡Sobrevive! por mi amor, tú, vida mía,
quiero sostenerte hasta el otoño,
pues sin ti él no nacería,
y es preciso que conozca mi retoño,
porque sin él yo también me moriría.

PRIMAVERA CONCEBIDA EN FORMA DE MUJER

Los rizillos de tu pelo:
son como espigas de trigo ya granadas.

El azul de tus ojos:
es el color más romántico del cielo.

Tus rojos labios:
son dos claveles abrasados de pasión.

El aliento de tu boca:
es el más fino perfume de las flores.

Tus lindas manos:
son diez pétalos de blancos nardos.

Tu cintura y tu garbo,
tu cara y tu pelo

Te hacen la más hermosa
que un mundo entusiasmado pudo ver.

Por ello hoy, para decir
¡PRIMAVERA! tengo que decir ¡MUJER!

LLEGÓ LA PRIMAVERA

Há... tan poco que has nacido,
PRIMAVERA,

Que quisiera elevarte hasta la altura,
¡OH QUIMERA!

Si alguien disputara tu hermosura,
QUE VENERA:

UN MUNDO QUE DISFRUTA TU TERNURA.

* * *

Perfumas con tus brisas amorosas
¡HECHICERA!

Que transformas el aroma de las cosas.
PRISIONERA:

De un invierno largo, indefinido,
¡PRIMAVERA!
Tú has nacido y florecen los almendros y las rosas.

LUIS SERRANO VIVAR

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

DE NUESTRA ASOCIACION Y DE NUESTROS ASOCIADOS

TOMÁS SIERRA BUENO, DIRECTOR DE "ESTILO"

Por motivos de salud renunció a la dirección de «Estilo» José María Gómez de Salazar, que en corto espacio de tiempo dió pruebas de entusiasmo y magníficas iniciativas que cristalizaron en una serie de actos, conferencias, proyecciones, etc. Reunida Junta General, fué elegido por aclamación don Tomás Sierra, Profesor y escritor, galardonado con premios, como el obtenido con motivo de su trabajo sobre «El testamento de Isabel la Católica» y reconocido como uno de los valores de la juventud universitaria. AYER Y HOY felicita efusivamente al nuevo Director de «Estilo».

* * *

Fueron nombrados miembros de la Junta Directiva en la última renovación de cargos, los señores siguientes: Vicepresidente, D. Clemente Palencia. Vocales, D. Cecilio Guerrero Malagón, D. Cecilio Béjar, D. Manuel Martín Pintado. Tesorero, D. Enrique Veloso y Secretario 2.º, D. Fernando Dorado.

El día 3 de Marzo tomó posesión de su silla de Académico de Número de la Academia de Alfonso X el Sabio, de Murcia, el Iltmo. Sr. Don Fernando Jiménez de Gregorio, socio fundador de «Estilo» y colaborador de AYER Y HOY.

* * *

Ha ingresado en el Cuerpo de Procuradores nuestro colaborador poético Sandalio de Castro Herrero, destacado poeta del grupo Garcilaso.

REVISTAS DE INTERCAMBIO

ALNE.—Director, Miguel de Aguilar Merlo. Madrid.

ANGELUS.—Zafra (Badajoz).

CALETA. — Director, José Manuel García Gómez. Cádiz.

EL COBAYA. — Director, Fernando L. Fernández Blanco. Avila.

COURRIER DU CENTRE INTERNATIONAL D'ETUDES POETIQUES. — Director, Fernand Verhesen. Bélgica.

EUTERPE.—Director, Julio Arístides. Argentina.

GANIGO.—Director, E. Gutiérrez Albelo. Santa Cruz de Tenerife.

HONTANAR.—Cazalla (Sevilla).

INDICE CULTURAL. — Director, Oscar Delgado. Colombia.

LIRICA HISPANA.—Directoras, Conie Lobell y Jean Aristeguieta. Caracas.

MALVARROSA.—Director, Manuel Ostos Gabella. Valencia.

METAFORA. — Directores, A. Silva Villalobos y Jesús Arellano. México. D. F.

EL NOTICIARIO.—Director, Emilio Perrin. San José de Costa Rica.

REVISTA DE ARTE.—Universidad de Chile. Director, Enrique Bello.

ROCAMADOR. — Director, José María Fernández Nieto. Palencia.

UNIVERSIDAD.—Delegación de Educación y Cultura del D. U. de Sevilla.

VERITAS.—Director, Fray Ernesto Cañizares. Granada.

VIRTUD Y LETRAS.—Facultades Eclesiásticas Claretianas de Colombia. Manizales.

URIEL.—Teologado Claretiniano de Santo Domingo de la Calzada. Logroño.

A los poetas y escritores de la Asociación

Un lector de AYER Y HOY y asociado fundador de «Estilo» nos advierte que el altar de San Juan de la Cruz, el más excelso poeta de la luz y de la llama, está sin una lámpara.

Nuestra revista se dirige ante todo a los poetas; no podemos permitir ni un momento más que esté sin la luz simbólica este altar de los PP. Carmelitas.

Procuraremos que el más insigne de nuestros artistas haga una lámpara digna y que siempre arda una llama viva ante el autor del «Cántico Espiritual». Pueden dirigirse a nuestra redacción todas las personas que deseen contribuir a esta obra, con el fin de poder inaugurarla el día 24 de Noviembre, día del santo patrono de los poetas.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957

EL DR. CIFUENTES

El coche de línea, la vetusta diligencia de caballlos, procedente de la capital de la provincia, pasaba puntualmente por el pueblo de Villabona todos los días a las cinco de la tarde, deteniéndose allí, solamente el tiempo justo para cambiar el tiro. Un solo viajero descendió aquella tarde del vehículo; era un señor alto, ya entrado en años, de porte distinguido y de marcado acento mejicano, que llevaba como equipaje un elegante maletín de piel de Rusia y una voluminosa maleta que atestiguaba, por las múltiples etiquetas que llevaba adheridas, que su dueño había recorrido lejanas tierras. Preguntó por la fonda mejor del pueblo y le encaminaron a la única hospedería que allí había, una modesta posada, situada en la plaza mayor, una plaza de vastas proporciones, rodeada de edificios, algunos de bella traza y surcada por torrenteras que en ella habían formado las aguas del invierno al precipitarse en avalancha desde la parte alta del pueblo.

Hacía treinta y cinco años que faltaba de allí, y al contemplar desde el balcón de su habitación aquella plaza que había sido escenario de sus correrías y travesuras infantiles, al ver enfrente la casa que fué de sus padres, donde él había nacido, al escuchar en aquellos instantes el sonido grave y pausado de las campanas de la vieja Iglesia del siglo XII, que invitaban a rezar el Angelus, la emoción le ahogaba y las lágrimas enturbiaron sus ojos, agolpándose en su mente los recuerdos como se precipitan en la playa las olas del mar.

Al día siguiente, por la mañana, fué a visitar al cura párroco del pueblo, un sacerdote joven, inteligente y comprensivo que le dispensó una amable acogida. Después de solicitar, siendo aceptado, que la entrevista tuviera carácter de confesión, dada la índole del asunto de que iba a hablarle, empezó así el viajero el relato de su vida: «Me llamo José Prieto Veloso y soy natural de este pueblo, donde nací hace cincuenta años. Mi infancia y mi juventud se caracterizaron por el sello de la turbulencia y de la osadía: yo capitaneaba siempre la banda de los muchachos más audaces y traviesos del pueblo, que caíamos como la langosta sobre los huertos de árboles frutales, dejándolos arrasados; yo acudía el primero a las «Canteas», bárbara y cerril costumbre que se renovaba cada año, precisamente el día de Todos los Santos, y que consistía en dirimir a pedradas las rivalidades con los muchachos del vecino arrabal de San Lorenzo, en una feroz batalla, de la cual siempre resultaban algunos descalabrados y hasta lesionados seriamente; en una ocasión, y por apuesta, realicé una hazaña temeraria que a poco me cuesta la vida: dí una vuelta completa a la torre de la Iglesia por una cornisa exterior que la circunda a veinte metros de altura.

Ahora quiero hacerle a usted un sucinto relato del episodio más culminante de mi vida, el que imprimió un rumbo decisivo a mi destino: tendría yo entonces unos dieciocho años; me enamoré locamente de una muchacha de este pueblo, más bonita que una rosa de Mayo y más buena que un ángel, pero de condición muy humilde, ya que era hija de unos pobres jornaleros que no tenían otro patrimonio que el esfuerzo de sus brazos. Mis padres se opusieron resueltamente desde un principio a estas relaciones mías con la chica, alegando que había una diferencia insuperable de posición social y económica entre una muchacha rústica y, por añadidura pobre, y el hijo del médico y más rico terrateniente de aquella comarca, que si persistía en llevar adelante aquellas relaciones y me casaba con Jacinta, así se llamaba mi novia, me repudiarían y harían cuenta de que no tenían tal hijo. ¡Hasta ese extremo llegaban los enraizados prejuicios de un atavismo encestral! La oposición obstinada, tenaz e irreductible de mis padres, me acarreó disgustos y amarguras sin cuento, haciéndose mi situación insostenible, y vino a agravarla un mal paso que dí, un desliz que tuve con mi novia, y cuando supe por ésta que aquella locura iba a tener consecuencias trascendentales, me acometió un vértigo de locura, y una mañana del mes de Octubre, lo recuerdo perfectamente, salí del pueblo furtivamente como un ladrón, para no volver más.

Con los escasos ahorros de que disponía, me trasladé a Bilbao y allí permanecí diez días, en espera de que el azar me deparase los medios, como así aconteció, de salir de España.

Un señor desconocido, que luego resultó ser el capitán del trasatlántico Palermo, que acababa de anclar, al saltar a tierra se fijó en mí que curioseaba por el muelle, y tras un breve diálogo y después de examinar mis documentos de identidad, me dijo que al día siguiente podía pasar a bordo y quedaría colocado como camarero; dos años estuve haciendo viajes a La Habana y Méjico, pero como este empleo no me ofrecía grandes perspectivas para el porvenir, encontré otra colocación más en armonía con mis gustos y aficiones, la de practicante, con un famoso médico mejicano, establecido en la capital de la nación (debo decirle que yo tenía aprobado en España el primer año de Medicina). La vida tornóse para mí cada vez más ardua, más dura, porque así lo quise, porque me señalé un objetivo a mis aspiraciones, una meta a mis ilusiones, y esta no era otra que el título de médico que me propuse conquistar a costa de los mayores sacrificios, robándole horas al sueño, pero a los cinco años, el éxito más rotundo coronó mis esfuerzos y me licenciaba en Medicina por la Universidad de Méjico; me especialicé en enfermedades de estómago e intestinos, y en pocos años adquirí un gran renombre en esta especialidad, hasta el punto de que venían a mi consulta enfermos de los Estados Unidos, y gané muchísimo dinero con el ejercicio de mi profesión; me casé con una señorita mejicana, hija de una de las familias más distinguidas de la capital, de la que no tuve descendencia, y poco después de celebrar las bodas de plata de nuestro matrimonio, murió mi esposa, dejándome heredero de la cuantiosa fortuna que poseía.

Reconozco que me he portado muy mal con Jacinta, la mujer a quien seduje un día, abandonándola después cobardemente, pero quiero reparar mi infame conducta y para eso he venido al pueblo, para ofrecer a la mujer que hice una desgraciada, mi nombre y mi fortuna, y para conseguir este propósito, yo suplico la ayuda y el apoyo del virtuoso sacerdote que ha tenido la bondad de escucharme».

La historia de usted, dijo el sacerdote, me era ya conocida en parte, pero ahora tengo el deber de conciencia de advertirle el grave peligro que amenaza su vida: el hermano de su antigua novia ha jurado que tan pronto como se cruce usted en su camino, lo quitará de en medio, y le juzgo capaz de cumplir su amenaza, y por otra parte Jacinta se encuentra desde hace un año aquejada de una enfermedad intestinal que el médico del pueblo califica de muy grave, de incurable, por todo lo cual, yo le aconsejo que desista usted de los nobles propósitos que le han traído aquí y se vuelva inmediatamente a Méjico.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

Ahora, más que nunca, persisto en esos propósitos, pero dado el estado tan precario de salud en que se encuentra Jacinta, es primordialmente urgente atender a su curación, y como en estas enfermedades, que constituyen mi especialidad, he obtenido éxitos resonantes en mi dilatada práctica profesional, quiero poner a contribución toda mi ciencia, toda mi experiencia y mi firme voluntad para salvarla.

Yo le ruego a usted, padre, que me presente usted a la familia de la enferma, sin darles, naturalmente, mi verdadero nombre, como amigo íntimo de unos parientes de usted, los cuales, aprovechando mi venida a España en plan de turismo, le envían por mi conducto un cordial saludo, y que usted, al conocer mi condición de médico especialista, agregue usted, si quiere, famoso en enfermedades intestinales, ha querido aprovechar la feliz oportunidad para que yo trate a la enferma. Dígales que me llamo el doctor Cifuentes.

Fuí presentado por el amable sacerdote a mi colega, el médico del pueblo, el cual me trazó un minucioso y completo cuadro clínico de la génesis, proceso y tratamiento de la enfermedad que padecía Jacinta, no ocultando su pronóstico francamente pesimista.

Cuando llegué a la casa de la enferma acompañado por el sacerdote, quien previamente había enterado a los familiares de aquélla de mi condición de médico que, a requerimiento suyo, iba a tratar desinteresadamente a la paciente, dos sentimientos inquietantes y turbadores atenazaban mi alma: el de la responsabilidad, que yo voluntariamente había contraído como médico, si fracasaba, y el más terrible y angustioso de ver frustrados, fracasados, mis ardientes propósitos de borrar toda mi pasada conducta, dándole a Jacinta mi nombre.

Desde el primer momento juzgué que el caso era grave, pero no desesperado, como creía mi colega del pueblo. Me dediqué con entusiasmo, con fervor, con verdadera pasión, a salvar a la enferma; le hacía dos visitas diarias, me pasaba horas enteras en mi cuarto estudiando el proceso de la enfermedad, analizando sus menores síntomas, y al cabo de quince días, pude comprobar con gran satisfacción que se iniciaba una ligera mejoría en el estado de la enferma. Pasan los días, y la mejoría se acentúa notablemente; ha pasado la enferma del estado de semiinconsciencia y postración al de lenta, pero franca recuperación; va recobrando las fuerzas poco a poco, se siente optimista, con ganas de vivir, y un día, en presencia de sus familiares, estando también presentes al párroco y yo, exclamó: —¿Y a quién debo yo mi curación, mejor dicho, mi salvación, después de Dios?— Pues a este señor aquí presente, al doctor Cifuentes, famoso especialista que la Providencia ha traído a este pueblo para arrancarte de las garras de la muerte. —¡Oh, señor! —prosiguió—, déjeme usted que le bese las manos en señal de eterna gratitud. Tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para dominar la emoción que me embargaba, y a punto estuve de dar al traste con la fingida personalidad del doctor Cifuentes y declarar abiertamente que mi verdadero nombre era José Prieto Veloso, su antiguo novio y padre de su hija, pero me contuve ante el temor de que esta revelación pudiese causar un efecto, tal vez fatal, en la enferma.

La rápida, asombrosa curación de Jacinta y mi negativa rotunda y terminante, a percibir ni un sólo céntimo de aquella pobre familia en concepto de honorarios por mis servicios profesionales, levantaron en torno a mi persona un coro de alabanzas y bendiciones que me conmovieron profundamente. Me despedí de aquella buena familia, y fué tan grande la emoción de todos y fueron tan insistentes los ruegos y las súplicas para que prolongara mi estancia unos días más, que no tuve más remedio que prometerles que volvería muy pronto al pueblo, si un asunto de la más alta importancia se me arreglaba.

Llevaba ya dos meses en el pueblo y nadie, excepto el señor cura, conocía mi personalidad, creyéndome todos el doctor Cifuentes, un médico altruista y desinteresado, algo excéntrico quizás, pero que realizaba curaciones asombrosas por el sólo placer de hacer el bien.

Como el restablecimiento de Jacinta era completo, total, y yo llevaba ya dos meses en el pueblo, decidí sin más dilaciones acometer decididamente, a cara descubierta, el grave problema que allí me había llevado, pero don Timoteo, mi bondadoso cómplice en la elevada finalidad que me animaba, me hizo desistir de momento de este plan, diciéndome que dejara en sus manos este asunto y me fuera a la capital de la provincia cuatro o cinco días, que él tendría una entrevista con Jacinta, exponiéndole mi decidido propósito de casamiento y que el resultado de la entrevista me lo haría saber por telegrama o por carta.

Me marché, efectivamente, a la capital de la provincia, dejándole previamente a don Timoteo la dirección del Hotel donde me hospedaría, y a los cuatro días recibí de dicho señor una extensa carta dándome cuenta de la entrevista que había celebrado con Jacinta, en la que refería, entre otras cosas, que fué tan grande la impresión que le causó saber quién era el doctor que la había asistido en su enfermedad, salvándole la vida, y cuáles los propósitos que traía, que estuvo a punto de desmayarse, resolviéndose la crisis nerviosa en un torrente de lágrimas; que le encargaba también me dijera que me perdonaba de todo corazón el mal que le había hecho, y al mismo tiempo me daba las gracias con toda su alma por el inestimable bien de haberle salvado la vida, y que... viniera.

Quise darle a mi entrada en el pueblo todo el realismo que la situación demandaba, y para ello realicé una completa transformación en mi persona: me quité la barba y el bigote, retiré las gafas obscuras que usaba, y después de sustituir el traje negro que vestía por otro de tono claro, experimenté la sensación de no ser yo la misma persona; efectivamente, el doctor Cifuentes había desaparecido y en su lugar quedaba el doctor Prieto Veloso, hijo de aquel pueblo y antiguo novio de Jacinta, que muy pronto sería su esposa.

El recibimiento que me dispensaron mis paisanos al llegar a Villabona en el mismo vehículo en que hice el viaje dos meses antes, fué algo sensacional, cuyo recuerdo quedará indeleblemente grabado en mi alma para siempre.

Una multitud que no bajaría del centenar de personas, al frente de la cual se encontraba el párroco don Timoteo, había acudido a la parada del coche y acogieron mi presencia con gritos jubilosos, aclamaciones y frases de cordial bienvenida, y rodeado por todos, que se hacían lenguas de la metamorfosis que yo había experimentado, atravesé las calles del pueblo hasta llegar a la casa de Jacinta.

* * *

Tres meses después, en la modesta Iglesia de Villabona, abarrotada de gente y ante el altar de Nuestra Señora de la Asunción, patrona del Pueblo, se celebró la boda, bendecida por el párroco don Timoteo, actuando en la ceremonia como madrina nuestra propia hija.

TABARÉS

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Tiempo (poema), de *Isidro Conde*. Ilustraciones de Isaac Díaz Pardo. El Ferrol, 1957. Libro original por la unidad temática que encierra, girando sobre las cuatro estaciones del año los poemas de cada mes en verso libre, pero con altura poética.

«Decoración de lluvia.
Tarlatana
de lluvia y de tristeza en los cristales
y el abril, en mi ser multiplicado.

Muchas gracias, abril, por tu tristeza.
Por tu tristeza,
abril,
como la mía.

Las cuatro estaciones van definidas cada una en un soneto, con endecasílabos que maneja el autor con grácil exactitud.

«Rojo y añil, azul, verde, amarillo,
es el verano. Apenas se le nombra
y la tierra, en el césped, se hace alfombra,
y el rumor, en la tarde, se hace grillo.»

Poesía del paisaje; de la sensación en contacto con la naturaleza, sin buscar matices transcendentes ni tremendismos, pero ungido todo el libro por la más auténtica inspiración.

Dimensiones del amor, de *José Antonio Suárez de Puga* (Colección «Doña Endrida», Guadalajara, 1957).

Va dividido en dos apartados: «Víspera de tu sombra» y «Soledad de tu ausencia», conteniendo veinte sonetos en los que la inspiración no decae ni se repite. La calidad de ellos se refleja en versos tan acertados como estos:

«Deseo una planicie soleada,
¡no el anchoroso mar que no conozco!
¡no la débil espiga!»

Alguna vez, junto a la altura lírica tropezaremos con el verso ingenuo que no nos permitimos censurar, pero que podía fácilmente haber salvado el autor, al que sobran recursos poéticos, como en el que se lee:

«Si acaso un pajarillo verdeoscuro
que pugna por salir de un grueso muro
¡mas dudo yo que el pajarillo pueda!

Antonio Fernández Molina ha hecho una cuidadosa presentación de la obra que constituye un buen éxito para la colección «Doña Endrina».

Presencia y tiempo, de *Amílcar Uralde*. Ediciones Voz Viva. Buenos Aires. Enero, 1957.

El autor de estos poemas es un consumado poeta que sabe manejar con admirable agilidad la emoción, desarrollar la idea, razonar el contenido y tratar el tema poético como tal. Comprende que de un gran repertorio de palabras y palabras no se concluye ninguna consecuencia poética y da a sus composiciones el giro áereo que podemos admirar en este fragmento:

«¿Qué ráfaga de llanto sacudía
las altas ramas de mi adolescencia?
Un agrio viento sin ventanas
creciendo de hontanares de nostalgia
mi voz contra los muros repetía.»

La cesta y el río (1954-1957), por *Angel Crespo*, núm. 2 de Colección «Lazarillo».

Once poemas de distintos ambientes, acertados en su desarrollo; libro en el que se aprecia lo que es la poesía actual, con un nuevo modo de ajustar a la dignidad poética.

Poemas de ausencia, por *Julio Mariscal Montes*, núm. 3 de la Colección «Lazarillo».

En veinticuatro poemas se analiza cada motivo de la ausencia, «con citas y alamedas de domingo» o «deshojado el viento como una pasionaria». Deja en el espíritu una profunda huella este desfile de ideas e imágenes entrelazadas entre nostalgias y olvidos, acreditando a este joven poeta andaluz que ya era conocido por sus buenos poemas en las Colecciones «Neblí» y «Adonais».

Diecinueve cartas apasionadas, por *Manuel Martínez Remis*, núm. 4 de Colección «Lazarillo.

Cuaderno que contiene diecinueve cartas en verso, en las que el autor de «El toro, la muerte y el sol», confirma su renombre de buen poeta. Con gran fortuna acude en algunas de sus composiciones al clásico terceto encadenado, como lo utilizaron los grandes modelos de nuestras Epístolas.

«Me siento torpemente limitado
en esta carne siempre fugitiva:
pasaporte de tierra que me han dado.»

Felicitamos a Rafael Millán por los aciertos de presentación de estos tres números de la Colección «Lazarillo».

Castillos, Torres y Fortalezas de la Jara, por el doctor *don Fernando Jiménez de Gregorio*.

Esta nueva publicación de tan destacado miembro de «Estilo» viene a coronar la serie de investigaciones que dedicó a esta comarca toledana, tan en deuda con su más ardiente defensor. Desde los hallazgos arqueológicos hasta los factores económicos y sociales, vivienda, tipismo, etcétera, todo ha sido estudiado y comentado por el sabio catedrático Sr. Jiménez de Gregorio, y gracias a su paciente laboriosidad las revistas más prestigiosas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Estudios Geográficos, Archivo Español de Arqueología y otras, se han preocupado de su comarca natal.

Este nuevo estudio se publica en la sección de publicaciones que viene realizando con tanto acierto la Asociación Nacional Española de Amigos de los Castillos. Ya en el número 15 del Boletín de esta ilustre Asociación decía del señor Jiménez de Gregorio el notable conferenciante Angel Dotor: «Leyendo las obras del Profesor J. de Gregorio, nos persuadimos de que su autor, a más de aptitud ingénita, posee aquello que Ganivet denominó «espíritu territorial», o sea, amor por el lugar y la comarca en que se viene a la vida».

Gracias a esta investigación conocemos ahora preciosas observaciones sobre los Castillos de Alija (Talavera la Vieja), de Canturias (Belvís de la Jara); Castillo defensa del vado de Azután; Fuerte de Castro; Castillo de Espejel (Valdelacasa de Tajo) y un buen catálogo de torres de toda esta comarca.

Sentido Religioso de la Obra Literaria de Jean Aristeguieta, por el Padre *Angel Martín Sarmiento*. Ediciones Garrido. Caracas.

Magnífica exposición de lo que es la interpretación religiosa en los temas poéticos; el autor tiene conocimiento perfecto de estética, de mística y de crítica literaria; por eso resultan sus comentarios a la ingente labor, tanto en prosa como en verso, de la obra de Jean Aristeguieta, exactos y adecuados. Encontramos de sumo interés algunas consideraciones del Padre A. Martín Sarmiento, como la que titula «Divinización de la Poesía». —«Nos ha dicho Platón en uno de esos arranques—, más literarios que filosóficos, que Dios es el Sumo Poeta». Todo el neoplatonismo posterior polarizado en sus dos direcciones dogmáticoreligiosas en Plotino y en San Agustín, explotará enormemente esta idea sin miedo a caer en devaneos literarios. Tan sólo cuando se comenzó a propagar la pseudotesis de la «Función social de la Poesía», perdió ésta su carácter de justa intransigencia para convertirse y degenerar en barata mercancía de mercadillo social, extraurbano». La importancia poética de Jean y la alta calidad del comentarista, hacen de esta obra una de las más interesantes que puedan leerse.

C. P.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.

RAFAEL GÓMEZ - MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1957.